

CAPITULO CCLXXII.

Primeras nubes en la privanza de D. Juan de Austria.—Su muerte.—Cásase el Rey con D.^a María Luisa de Orleans.

FÁCILMENTE se comprende que la paz de Nimega, áun cuando tan desgraciada, como ya hemos tenido ocasion de indicar, siendo tantos los desastres que la guerra nos habia producido, se considerase como una fortuna.

Agotados como estaban todos los recursos, é imposibilitada por lo tanto la prosecucion de la guerra, la paz, por desfavorable que fuera, respondia sin embargo á una necesidad tan justamente apetecida, que positivamente llegaba á constituirla en beneficiosa, cuando realmente de tal modo nos perjudicaba.

D. Juan, merced á la paz, consiguió asegurar algun tanto su poder, acallando, siquiera fuese por un corto espacio, las habillitas y murmuraciones de sus enemigos.

En aquellos momentos de tregua concibió el ministro el proyecto de casar al Monarca, sin tener en cuenta que precisamente aquel remedio, que otros favoritos habian creído eficaz para conservar su valimiento, justamente habia sido la causa de su ruina.

Este deseo de D. Juan respondia tambien al que tenia la nacion, pues en la mente de todo el mundo estaban los inconvenientes y las complicaciones que podrian resultar si el Monarca fallecia sin sucesion.

La reina D.^a Mariana habiase ocupado anteriormente de este mismo asunto, y destinaba para su hijo la mano de la archiduquesa de Austria, hija del Emperador, estando muy adelantadas las negociaciones en este sentido.

Lógico era que el ministro no se encontrase conforme con este proyecto.

La influencia de la casa de Austria necesariamente habia de perjudicar á la suya, y de aquí que tratase de estorbar aquel enlace proponiendo otro totalmente distinto.

Para esto propúsole, en primer término, á la princesa heredera de Portugal, jóven bellísima, y cuyo matrimonio tenia la ventaja de propender á la fusion de ambas coronas.

Mas este proyecto era irrealizable, tanto porque todavia estaba muy reciente la anterior emancipacion, cuanto porque la Princesa estaba prometida ya al duque de Saboya.

En su consecuencia desechóse esta idea, y como que la paz con Francia abria nuevo camino á las relaciones de ambos países, don Juan, con objeto de aumentarla más, pensó en el enlace de la primogénita del duque de Orleans, único hermano de Luis XIV, con el rey de España.

Apénas éste vió el retrato de la jóven Princesa prendóse de ella.

Al mismo tiempo el pueblo, recordando á la esposa de Felipe IV, María Isabel, cuyas virtudes la habian hecho tan apreciable á sus ojos, aceptaba gustoso la idea de tener otra reina de la misma familia, y de este modo pueblo y soberano marchaban de completo acuerdo en un asunto que con sobrada frecuencia suele ser manantial de disgustos entre los pueblos y los monarcas.

La edad de la futura reina era casi la misma de Carlos, sus dotes morales hacianla altamente recomendable, y lo único que sorprendia en este asunto era la poderosa iniciativa tomada por D. Juan.

Natural era que la esposa del monarca tuviese sobre él la influencia lógica de la esposa con el esposo, y esta influencia habia de menguar mucho la que hasta entonces estaba ejerciendo.

Y esto era en el caso de que no estallase inmediatamente entre ambos la escision, pues si así sucedia, más pronto podria romperse el vínculo que ligaba al ministro con el Rey.

De aquí que todo el mundo discurriese sobre el particular interes de D. Juan en que el Rey tuviese sucesion, mucho más extraño cuando precisamente una de las cosas de que se habia acusado al ministro era de sus aspiraciones al trono.

Mas como la maledicencia de todo saca partido, no encontrando una causa que justificase aquel interes del de Austria, supuso que por medio del matrimonio pensaba gastar más pronto la débil salud del Rey, facilitándose por este medio el camino del trono.

Esto, que es sobradamente absurdo para que lo citemos, prueba sin embargo el odio que ya la nobleza profesaba al ministro que ella misma habia encumbrado.

El marques de los Balvases fué el enviado á Paris para pedir la mano de la Princesa; y en verdad que fué acogida su demanda con extraordinario entusiasmo, tanto por el padre de la novia cuanto por el rey de Francia, sabedor de lo cual el Infante, procedió inmediatamente á montar el cuarto de la nueva Reina, eligiendo hábilmente las personas que lo habian de constituir, personas que, como fácilmente puede comprenderse, habian de ser de su devocion, á fin de que, teniéndolas siempre de su parte, influyeran favorablemente en el ánimo de la Reina.

El fraile dominico Fr. Francisco Reluz, por recomendacion del duque de Alba, que le dijo que en todo se conformaria con su voluntad, fué traído desde Salamanca para confesor del Rey, y para distraer á éste, evitando que si iba á Aranjuez se le ocurriese ir á ver á su madre ó mandarla llamar, teniale constantemente entretenido entre cacerías y diversiones en los bosques del Pardo.

Mas, á pesar de esto, era lo cierto que la Reina madre iba ganando partido; que todos los descontentos de D. Juan de Austria, que

eran muchos, agrupábanse á su alrededor, y que quizas habrían conseguido su propósito de derribarle á no ocurrir un incidente inesperado.

En junio de 1679, llegó en calidad de embajador y con objeto de ultimar algunos detalles respecto al matrimonio, el marques de Villars, el cual era poco amigo de D. Juan, razon por la que los descontentos procuraron atraérsele á su partido.

Pero el prudente embajador negóse á entrar en aquella intriga, manifestando que se demorase todo propósito de derribar al ministro hasta la llegada de la Reina, medio mucho más seguro y eficaz de conseguirlo.

Precisamente esto era lo que estaba en la mente de todo el mundo que razonaba un poco.

Pero de tal modo aumentábanse los enemigos, que hacian presagiar no llegaria para la caída el plazo señalado, pues hasta el mismo P. Reluz que, como hemos dicho, habia traído D. Juan desde Salamanca, tornósele contrario, y donde él habia creído encontrar un amigo hallóse tambien con un enemigo verdaderamente formidable.

La mayor parte de los que ántes habianse mostrado más afectos y amigos más entusiastas, iban volviéndole la espalda, y el vacío se formaba á su derredor.

Por mediacion del P. Reluz se levantó el destierro al príncipe de Stigliano, que precisamente era enemigo de D. Juan, y el duque de Osuna, que se encontraba precisamente en este mismo caso, por cuya razon trató el ministro de alejarle doblemente de la corte, fué traído, por el contrario, á ella en virtud de mediacion del duque de Medinaceli.

Esto produjo la consiguiente irritacion en su ánimo, irritacion que hubo de tomar mayores proporciones cuando supo que el Rey, al manifestarle que D. Juan podria no llevar á bien que regresaran los demas desterrados, quejándose de la oposicion que éste les habia manifestado siempre, contestó con una energia y una violencia desconocidas en él: *Importa poco que D. Juan se oponga; lo quiero yo y basta.*

Sorprendidos quedaron los cortesanos por aquellas frases, y no pudieron ménos de regocijarse calculando que la caída del ministro estaba muy próxima.

Tambien lo juzgó así la persona á quien se referian. D. Juan, desacostumbrado á aquel lenguaje del Monarca, no pudo ménos de comprender, lleno de amargura, que el término de su privanza se aproximaba.

Este convencimiento, dadas las aspiraciones de poder que habian formado, por decirlo así, el bello ideal de su existencia, la pérdida de aquel mismo poder, por el cual tantos sacrificios hiciera, produjole una tristeza y una melancolia tan grandes que de la afecion moral sobrevinole una física, que fué agravándose por momentos.

El día 21 de julio recibíose en Madrid la noticia oficial de haberse ajustado ya el matrimonio del Rey con la princesa María de Orleans, habiendo quedado firmadas ya las capitulaciones.

Esta noticia celebróse en la corte con extraordinario alborozo.

El día 30, el duque de Pastrana, en calidad de embajador extraordinario, salió de Madrid, llevando, como entónces se decia, la joya para la Reina, haciéndosele en Paris un recibimiento magnífico.

El 31 de agosto celebróse en Fontainebleau, con extraordinaria pompa, el matrimonio, representando al monarca español en la augusta ceremonia el príncipe de Condé.

La noticia de este suceso llenó de alegría á los españoles, celebrándose en Madrid con grandes fiestas y diversiones.

«No alcanzó á ver D. Juan de Austria, dice un escritor, la venida de la Reina: acabósele la vida ántes que llegase la esposa de su rey: habiábase hecho dobles las tercianas, los médicos no le curaban el mal de espíritu que se habia apoderado de él; Carlos lo visitó con frecuencia manifestándole el más vivo interes por su salud; él nombró al Rey heredero de sus bienes y legó á las dos reinas sus piedras preciosas, y el 17 de setiembre, á los cincuenta años de su edad, pasó á mejor vida, causando general admiracion la resignacion cristiana que demostró en sus últimos instantes. Así murió el hijo bastardo de Felipe IV y de María Calderon, á quien los extranjeros representan como el último hombre grande de la dinastía de Austria en España, y de cuya nobleza de alma, ingenio, virtudes y experiencia en el arte de gobernar hacen los mismos elogios que hizo el papel oficial del gobierno al anunciar su muerte. Pero este juicio está en completo desacuerdo con el que mereció á sus contemporáneos, y dista mucho del que imparcialmente se puede formar de sus acciones y conducta como gobernante. Porque si bien D. Juan de Austria habia logrado en ocasiones dadas ganar alguna gloria en las guerras como general, tuvo la desgracia de que en sus manos se perdiera Portugal y la mayor parte de Flándes, y sobre todo perdió la reputacion y el buen concepto en que ántes muchos le tenian desde que comenzó como ministro á obrar y ejercer el poder que tanto habia ambicionado y que por espacio de tantos años y por tan tortuosos medios habia intentado escalar.»



LLEGADA DE LA NUEVA REINA DE ESPAÑA.

CAPITULO CCLXXIII.

Matrimonio de Carlos II.—Aspirantes al poder.—El duque de Medinaceli, ministro.

Con la muerte de D. Juan de Austria recobró el Monarca su libertad y se aprovechó de ella para reconciliarse con su madre, á la cual fué á buscar á Toledo, regresando juntos á Madrid, donde fué recibida, la que dos años ántes saliera entre maldiciones y denuestos, con vitores y todas las muestras de la mayor alegría, cual si de ella esperase su ventura.

Defraudado el pueblo en las esperanzas que concibiera con el gobierno de D. Juan de Austria, volvió los ojos hacia la Reina madre, y dando al olvido errores pasados, trató de ver si en lo porvenir podría ser más dichoso.

Los cortesanos procuraron ponerse bien con D.^a Mariana, creyendo que ésta había de ser para lo sucesivo la distribuidora de las gracias y mercedes. Pero á la sazón no podía pensarse en la corte más que en el regio enlace, concertado ya, según llevamos dicho, y como quiera que la nueva reina, María Luisa, había de llegar de un momento á otro, era preciso hacer todos los preparativos consiguientes para recibirla.

Estos preparativos pudieron hacerse con desahogo y hasta con esplendor, gracias á la oportuna llegada á Cádiz de una flota de América portadora de treinta millones, pues de otro modo no sabemos cómo hubiera sido el recibimiento.

El marqués de Astorga y la duquesa de Terranova, llevando consigo la servidumbre para la Reina, salieron de Madrid el día 26 de setiembre, dirigiéndose á la frontera francesa á recibir á la Reina con toda la pompa y ostentación consiguientes.

Con el duque de Osuna, que por entonces había llegado de su destierro, consiguió introducirse un fraile teatino, que había salido de su país á consecuencia de los trastornos de Messina. Osado, astuto é intrigante, el P. Vintimiglia, que así se llamaba, consiguió obtener algún favor con D. Juan de Austria primeramente, y después con el duque de Osuna, y acompañando á éste, no sólo fué á esperar á la Reina, sino que llegó hasta Bayona, y fué el primero que la habló, y lo hizo en el sentido que creyó más favorable á sus intereses.

La Reina trajo en su compañía á su aya la mariscal de Clembaut y al duque de Harcourt como embajador extraordinario, además de una numerosa servidumbre.

Ganoso el P. Vintimiglia de conquistar el favor de la Reina, trató de malquistarla con el embajador y con la Reina madre, y hasta llegó á indicarle que inclinase el ánimo del Monarca su esposo á la formación de un consejo, para cuya presidencia podría nombrarse al duque de Osuna.

Su ambición, que le obligó á ser de tal modo imprudente, le fué tan perjudicial, que conociendo su propósito todas las personas que más ó menos se hallaban mezcladas en sus absurdos planes, solamente alcanzó el desprecio.

Llevó su osadía hasta el punto de entregar al de Harcourt una Memoria, en la cual desenvolvía todo un sistema de gobierno á su manera.

Pero aquella Memoria no alcanzó la suerte que se prometía, y su desdichado autor se vió abandonado hasta del mismo que hasta entonces le protegiera, puesto que el duque de Osuna, avergonzado de aquella demasia, abandonóle en términos que no quiso volver ya á admitirle en su compañía.

Todos los documentos de la época están conformes en considerar al P. Vintimiglia como un ambicioso vulgar, que únicamente, merced á su audacia, y á la bondad de las personas que le habían protegido, consiguió llegar á la situación de que no supo por ningún concepto aprovecharse.

Entre tanto la Reina, á pesar de este ligero incidente, que no dejó de contrariarla, prosiguió su marcha, saliendo de Bayona con dirección á la frontera.

«Esperaba ya la comitiva española á la Reina en Irun, dice un historiador. Habíase preparado una linda casita de madera orilla del Bidasoa para que descansara; la entrega se había de hacer en la ya célebre isla de los Faisanes: llegó allí la Reina el 3 de noviembre, y embarcándose en una hermosa falúa que estaba dispuesta, la recibió el marqués de Astorga, á quien se hizo la entrega con la ceremonia y las formalidades de costumbre. Pasaron luego todos á Irun, en cuya iglesia se cantó un solemne *Te Deum* en acción de gracias al Todopoderoso por su feliz viaje. Iguales demostraciones de regocijo de aquella villa fué recibiendo la Reina en todos los pueblos por donde pasaba. El 21 de octubre había salido el Rey á recibir á su real esposa, con gran séquito de caballeros, señores y criados todos de gran gala, y tras él partieron después en posta el duque de Pastrana, que acababa de llegar, y el primer caballero, D. José Silva, con un magnífico boato. El estado deplorable de los caminos hizo que la Reina no pudiera llegar á Búrgos el día que se la esperaba, pero la impaciencia de Carlos suplió aquella delación, pues sabiendo que el 18 de noviembre había tenido que hacer alto en la pequeña aldea de Quintanapalla, distantes tres leguas de aquella ciudad, el 19 partió el Rey de Búrgos, precedido del patriarca de las Indias, no llevando consigo sino las personas precisas para su asistencia, y cerca de la hora de medio día se vieron por primera vez en Quintanapalla los augustos novios, saludándose con mutuo cariño y ternura.»

En este humilde pueblo se ratificaron las bodas por el patriarca de las Indias, y prosiguieron después su marcha camino de Búrgos, descansaron en esta ciudad, y el día 2 de diciembre de 1679 hicieron su entrada en Madrid en medio de las entusiastas aclamaciones de la multitud.

Una vez en el palacio del Buen Retiro, dieron comienzo los festejos, que se prolongaron por muchos días, cual si la nación reboara de prosperidad, sin pensar que bajo aquel manto de tan brillantes colores se ocultaba la miseria más espantosa y el disgusto más completo.

Pasado el entusiasmo, la animación y el bullicio ó quizás también en medio de éste, los hombres públicos habíanse ocupado en distintas ocasiones de aquel puesto de primer ministro que estaba vacante por la muerte de D. Juan de Austria, y que, á pesar de la desdichada situación porque atravesaba el país, era todavía pretendido, solicitado y envidiado.

Los pretendientes que más probabilidades parecían reunir para aquel elevado cargo, entre los muchos que, sin tener en cuenta los graves inconvenientes con que había de luchar, se le disputaban, eran el duque de Medinaceli y el condestable de Castilla.

Cada uno de ellos contaba con un afecto distinto y con un número considerable de partidarios.

El primero estaba protegido por el Rey; el segundo por la Reina madre.

Difícil era sospechar quién obtendría el triunfo, porque en ambos era ilustre la cuna; y si al duque de Medinaceli le quería el pueblo y la nobleza, al Condestable, por la honradez y rectitud de sus principios, por la energía de sus convicciones y porque no había querido doblegarse jamás ante el halago ni ante la amenaza, le estimaba también.

Fácilmente se comprende que siendo tal la condición de las personas que aspiraban al poder, cada una había de contar con su partido, según ya hemos dicho, y cada partido había de poner en movimiento todos los elementos con que contaba, recurriendo á todos los medios y utilizando todos los caminos para llegar al puesto apetecido.

La guerra que ambos partidos se hacían no por ser sorda era menos encarnizada y menos viva, y como si no fuera suficiente esto para producir perturbación en la corte, á entrambos adversarios hacíales una pertinaz y fuerte oposición D. Jerónimo de Eguía.

Era éste un individuo que desde la oscuridad había llegado á la luz, merced al apoyo que le prestaran, por más que parezca extraño, los dos ministros Valenzuela y D. Juan de Austria, que tanto se habían detestado.

Había sabido halagar perfectamente al uno y al otro; doblegóse ante cada uno del modo que mejor pudo convenir á sus intentos, y así, sosteniéndose con ambos, había ensanchado poderosamente el círculo de sus aspiraciones.

Ya no se contentaba con lo que hasta entonces fué, quería ser primer ministro, y halagado por la confianza que el Monarca le dispensaba, creyóse en condiciones para desempeñar aquel alto cargo.

Comprendió que la duquesa de Terranova por su situación, como camarera mayor de la Reina, podía serle de gran utilidad, y efectivamente, de ella se hizo una amiga y una auxiliar que con maña procuró separar al Monarca de la influencia de su madre, separándole lo mismo á ella que á todas las gentes de su partido de la intervención que venían teniendo en los asuntos del Estado; interesó habilidosamente á la Reina consorte en aquel proyecto, y en seguida dió comienzo á los trabajos para inutilizar á los dos personajes de quienes hemos dicho que con mayores probabilidades contaban para el ministerio.

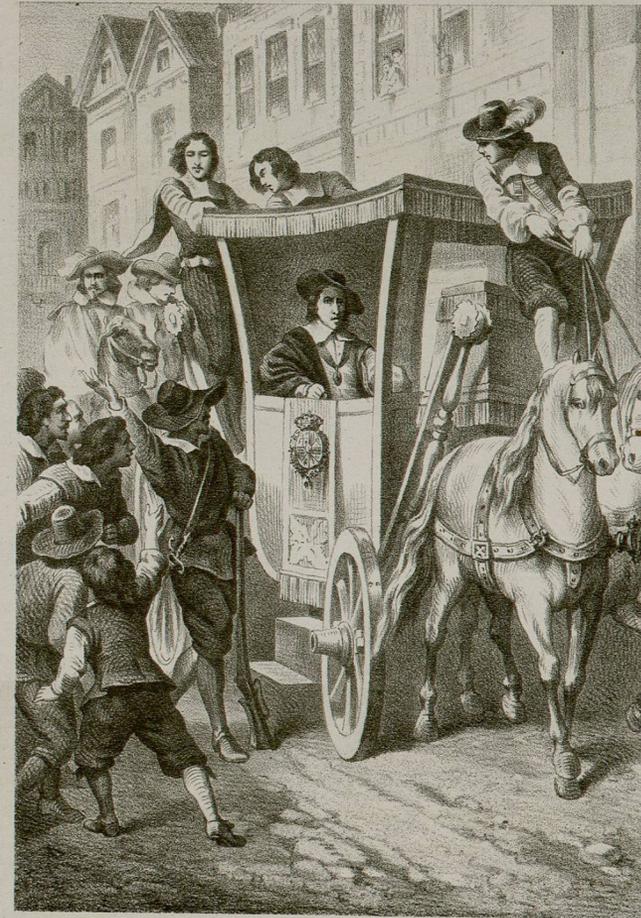
Durante algún tiempo los habilidosos manejos de Eguía le dieron el resultado que deseaba, pero, como generalmente sucede á los ambiciosos, una circunstancia inesperada dió al traste con todos sus proyectos y todas sus esperanzas.

Las dos reinas llegaron á entenderse, y esto fué un golpe terrible para sus ambiciosas aspiraciones.

El duque de Medinaceli tuvo una entrevista con la Reina, y á consecuencia de ella vióse con general extrañeza que hasta el mismo Condestable, su rival en la cuestión de poder, hacía de él grandes elogios, significando que él era únicamente la persona á propósito para desempeñar el ministerio, y entonces Eguía no tuvo ya otro remedio que considerar completamente frustradas todas sus esperanzas.

Efectivamente, el Monarca decidióse por fin á salir de aquella incertidumbre y de aquella vacilación en que hasta entonces permaneciera, y el día 22 de febrero de 1680 se tuvo conocimiento del decreto, en virtud del cual el duque de Medinaceli quedaba nombrado ministro.

Este nombramiento era esperado, como ya hemos dicho, mucho más desde el momento en que el Condestable le había recomendado, por decirlo así, y por lo tanto, vino á responder á las esperanzas que generalmente se habían concebido.



EL PUEBLO AMOTINADO RODEA EL COCHE DE CARLOS II.